



## El triunfalismo americano: Un responso Andrew J. Bacevich

[Andrew J. Bacevich](#) es Profesor de Historia y Relaciones Internacionales (Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad de Boston).

Aunque George W. Bush es un hombre sin pretensiones intelectuales, su partida del Despacho Oval echa el telón sobre una era particular del pensamiento político americano. Ideas que hasta hace muy bien poco pasaban por inteligentes han quedado sobrepasadas. Propuestas que se pretendían fascinantes ahora parecen no solamente obsoletas, sino absurdas. La burbuja del triunfalismo americano ha reventado.

Esta burbuja se fue formando a medida que la guerra fría finalizaba. El pensamiento triunfalista derivaba de dos percepciones muy extendidas. La primera era que el hundimiento del imperio soviético había conducido a la Historia a una coyuntura crítica. De acuerdo con este punto de vista, el *annus mirabilis* de 1989 fue ciertamente un año de maravillas, apartando a un lado al viejo orden y abriendo la puerta a inmensas posibilidades nuevas. La segunda convicción era que dependía de los Estados Unidos la determinación de lo que iba a suceder a continuación. La aritmética básica relataba la historia: antes había habido dos superpoderes; ahora sólo restaba uno. Por lo tanto, las decisiones trascendentales serían tarea de Washington.

Los defensores del triunfalismo rivalizaban entre sí a la hora de explicar las implicaciones de esas dos nociones. El primero en asomar fue Francis Fukuyama. Antes incluso de que cayese el Muro de Berlín, Fukuyama presentaba su veredicto acerca de todo el siglo XX: el capitalismo democrático había vencido. Para Fukuyama, este “triumfo de occidente” se tradujo en “el fracaso total de sistemas viables alternativos al liberalismo occidental”, encarnado de manera singular en los Estados Unidos. Desde esta perspectiva, el fin de la guerra fría significó “el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalidad de la democracia liberal occidental como la forma final del gobierno humano”.

Fukuyama tituló el ensayo que le hizo famoso como “¿El fin de la Historia?” —con los signos de interrogación pretendiendo sugerir que perduraba cierta desconfianza. Poco después la desconfianza pasó de moda. La certidumbre emergió como un distintivo triunfalista.

Así, en 1990, el columnista Charles Krauthammer, menos impresionado por la ideología que por el poder, irrumpió con su propia interpretación de lo que el colapso soviético había acarreado. La Historia, escribió, ha llegado a un “momento unipolar”. Krauthammer no tenía pelos en la lengua: en el orden post-guerra fría, sólo una nación importaba verdaderamente. “El centro del poder mundial es el incontestado superpoder”, decía. La clave para mantener esta situación favorable era que los Estados Unidos la asumieran plenamente, “dictando orgullosamente las reglas del orden mundial”, y empleando entonces su superioridad militar para imponer esas mismas reglas.

En 1996, William Kristol y Robert Kagan tocaron a rebato, adoptando una posición que combinaba las de Fukuyama y las de Krauthammer. Para estos dos neoconservadores, el cumplimiento del propósito de la Historia y la perpetuación de la primacía americana eran las dos caras de la misma moneda. La relación entre los dos conceptos era recíproca: la determinación americana aceleraría la llegada de la Historia a su destino predeterminado, en el que los valores americanos prevalecerían universalmente. Kristol y Kagan desdeñaban como simples tonterías las “equivocadas advertencias de fatiga imperial”. Los Estados Unidos tenían la clara “responsabilidad de liderar el mundo”. Para asumirla, defendían una estrategia de “hegemonía global benevolente” sostenida por “la supremacía militar y la confianza moral”.

El siguiente fue el columnista del New York Times Thomas Friedman, pregonando el impacto transformador de la globalización, lo que examinado de cerca resultó un eufemismo en lugar de americanización. El objetivo último, escribió Friedman en 1999, era “la extensión del capitalismo de libre mercado a prácticamente todas las naciones del mundo” —un proceso que colocaría “una página web en cada puchero, una Pepsi en cada labio, [y] Microsoft Windows en cada ordenador”—. Sin embargo nada de esto ocurriría sin el respaldo de la fuerza bruta. “La mano

oculta del mercado nunca funcionará sin un puño oculto”, declaraba Friedman. “Y el puño oculto que mantiene el mundo a salvo para las tecnologías de Silicon Valley se llama el Ejército de los Estados Unidos, la Fuerza Aérea, la Armada y el Cuerpo de Marines”.

El ensayo de Friedman se destacaba en la portada del New York Times Magazine. Acompañando a la ilustración de esta portada —un puño cerrado energicamente pintado con los colores de las barras y estrellas—, aparecía este texto: “Para que el globalismo funcione, América no puede temer actuar como la todopoderosa superpotencia que es”.

Y entonces, llegó el 11 de septiembre. Paradójicamente, esa catástrofe sirvió no para minar, sino para reafirmar el concepto de los Estados Unidos como superpotencia todopoderosa. El triunfalismo se transformó en dogma oficial, y sus principios se desplegaron para explicar y justificar la guerra global contra el terror de la administración de Bush.

Cual si hablase Fukuyama, por ejemplo, el Presidente Bush anunció en 2002 que existía solamente “un único modelo sostenible para el éxito nacional: libertad, democracia y libre empresa”. Sencillamente, no había alternativas plausibles: este era el veredicto irreversible de la Historia. Pregonando el “poder incomparable” de las fuerzas armadas americanas, el presidente hizo voto de incrementar incluso más esa fortaleza, para de esa manera disuadir a cualquiera de fútiles pretensiones de “sobrepasar, o incluso igualar, el poder de los Estados Unidos”. De este modo adoptaba Bush el concepto de unipolaridad sin usar siquiera la palabra. El presidente, de la misma manera, se abstuvo de cualquier referencia explícita a la hegemonía. Empero, con la promulgación de una doctrina de guerra preventiva y el rechazo al sometimiento a las leyes internacionales que no eran de su gusto, su administración imponía prerrogativas hegemónicas. Junto con esta exhibición muscular vino la promesa “friedmanesca” de “inaugurar una nueva era de crecimiento económico global por medio del libre mercado y el libre comercio”.

Así, tras el 11 de septiembre, el Presidente Bush puso a prueba la hipótesis triunfalista. Al dejar el cargo, los resultados de ese examen hablaban claramente por sí mismos. Lo que hemos aprendido es esto: Primero, la ampliamente anunciada victoria del liberalismo es, como, poco incompleta. Especialmente en el mundo islámico, pervive una tenaz búsqueda de alternativas. Nuestra insistencia en que los demás hagan las cosas a nuestra manera intensifica la oposición que encontramos. Segundo, la unipolaridad es una quimera, una peligrosa negativa a reconocer la complejidad del mundo. Tercero, pretender la hegemonía global es cortejar a la bancarrota. Continuar creyendo lo contrario sólo apresurará la decadencia de América. Cuarto, aunque la globalización pueda ser real, los Estados Unidos no pueden ni dirigir su curso ni aislarse por completo de sus consecuencias adversas.

Las ideas tienen consecuencias. El triunfalismo posterior a la guerra fría ha tenido consecuencias no menos que desastrosas. Los historiadores recordarán las dos pasadas décadas no como un momento unipolar, sino como un intervalo en el que América sucumbió a una excesiva autocomplacencia. Esa etapa finaliza ahora, con la economía hecha añicos y nuestra nación ante la perspectiva de la guerra permanente.

No esperen de los triunfalistas arrepentimiento o disculpas. No obstante, su tiempo ha pasado. La Edad del Triunfalismo ha terminado. La Era de la Confusión se ha iniciado. En esta nueva era, contemplada por la presidencia de Barack Obama, las ideas grandiosas tendrán que sentarse al fondo, para empezar imaginar qué funciona de veras y cuánto podemos permitirnos. En lugar de intentar transformar el mundo, lo esencial en esta nueva era es cuidar de lo que permanece y restaurar lo que se ha perdido. Los discursos sobre los Estados Unidos como una todopoderosa superpotencia se han acallado. Al menos, por esto último, deberíamos estar agradecidos.

Reproducido con el amable permiso de [Commonwealmagazine](#) (30-01-2009).